

Box, Zira: *La nación viril. Género, fascismo y regeneración nacional en la victoria franquista*. Madrid, Alianza Editorial, 2025, 326 pp., ISBN: 978-8411488730.

Raúl Moreno Almendral<sup>1</sup>

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfv.37.2025.44947>

Zira Box Varela es Profesora Titular de Sociología de la Universitat de València y Doctora por la Universidad Complutense de Madrid. Su trabajo se ha distinguido en el campo de la historia cultural de la política, en el que ha desarrollado, desde su carácter híbrido de historiadora y socióloga, un proyecto intelectual coherente y relevante sobre el nacionalismo español franquista. En 2010 publicó el libro *España, año cero: la construcción simbólica del franquismo*.

En *La nación viril*, la profesora Box presenta una monografía de investigación que pone en diálogo los estudios sobre fascismo, nacionalismo y género para historiar cómo el falangismo español utilizó modelos de virilidad para definir su idea de España regenerada, la nueva España que surgiría de la victoria en la guerra civil que cimentó la dictadura franquista. En este sentido, el subtítulo del libro es bastante preciso respecto a su contenido. La conexión entre género y nación, o entre fascismo y género, especialmente en torno al tema de las masculinidades, conforman campos de plena efervescencia historiográfica que a la vez tienen una gran tradición. Por lo tanto, el planteamiento general no resulta especialmente novedoso, pero su ejecución es habilidosa, navegando adecuadamente, por ejemplo, entre los conflictos internos del régimen o las diferencias territoriales. Además, la autora tiene un gran conocimiento de la historiografía reciente y el desarrollo específico de algunas ideas es sólido y sugerente. Una de ellas es la presentación del fascismo español como regeneracionismo, argumento ya señalado por otros autores, pero que atraviesa de manera efectiva todo el libro y permite darle profundidad. Otra, la explicación sobre la generización del nacionalismo franquista, clave argumentativa de la obra. Como señala la autora, su interés no está tanto en explicar cómo el franquismo cultivó una normatividad de la buena españolidad desde el complejo sexo-género patriarcal (división natural entre hombres y mujeres, dotados de unos roles específicos igualmente naturales y en los que el liderazgo y la primacía corresponde a los hombres). Más bien, lo que se explica es cómo esta normatividad se separa de los cuerpos y se lleva a un nivel de abstracción dotado de valencias políticas más diversas. De esta forma, la virilidad, asociada a la rectitud y la verticalidad, la acción, el ímpetu y el arrojo, la sobriedad y la contención, puede predicarse también de las mujeres (por supuesto, siempre que no sea para

---

1. Universidad de Salamanca. C. e.: [ramoal@usal.es](mailto:ramoal@usal.es); ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4180-3603>

usurpar lo que les corresponde a los hombres). Por su parte, la contraparte sería el afeminamiento (que no la feminidad), caracterizada como la degradación de lo viril, por exceso o por defecto. Tanto la virilidad como el afeminamiento podrían aplicarse no solo a personas sino también a paisajes, objetos o incluso a sociedades.

Box desarrolla estas ideas a través de cinco capítulos, en los que se apoya esencialmente en prensa, aunque también se usa el ensayo y la literatura. El primero, «El discurso de la virilidad y la regeneración de la nación fascista», es un capítulo panorámico dedicado a definiciones y a demostrar la existencia efectiva de las conexiones señaladas en el discurso falangista. En el segundo capítulo, «Filiaciones falangistas y emociones viriles», la genealogía regeneracionista pasa a un primer plano. Se explican los conflictos en torno a la figura de Larra, cuyo «hondo españolismo» los falangistas alababan pero que resultaba demasiado pesimista y por lo tanto peligrosamente «anti-español» para los tradicionalistas. Algo parecido ocurrió con la Generación del 98 y la figura de Ortega y Gasset. «El encaje entre forma y contenido, o las sensibilidades estéticas de la virilidad» es el título del tercer capítulo. Si los protagonistas del capítulo anterior fueron escritores, en este se trata la instrumentalización conflictiva de las artes visuales, especialmente la pintura: los jardines de Aranjuez, Zuluaga, Gutiérrez Solana y Rusiñol.

En el cuarto capítulo, «La nación clásica viril contra el estereotipo romántico y afeminado», Box se acerca a su problema historiográfico desde la perspectiva de la orientalización de España. Se abordan los anclajes principales para la construcción de unos estereotipos excesivos y opuestos a los valores de la virilidad (toros, flamenco, Andalucía) y cómo los falangistas intentaron invertir sus connotaciones alegando que con la disciplina y la lectura adecuadas eran realmente ejercicios de virilidad. De esta forma, se explican la presentación de la España mediterránea como la verdadera conexión con el legado clásico de Roma y cómo el falangismo catalán desplegó un antimodernismo que acabó influyendo en las políticas urbanísticas de Barcelona y en la pérdida de un patrimonio «afeminado».

Finalmente, «Género y clase: el afeminamiento por exceso y el discurso del anticasticismo» plantea el clasismo de muchos de los intelectuales falangistas como una modalidad de su nacionalismo español generizado: el populacho sucio, urbano, politizado, maloliente, repulsivo, viscoso, zafio, barriobajero, excesivo (hay una parte sobre las Fallas valencianas) resultaba también afeminado y por lo tanto peligroso para la nueva España, que debía ser una nación viril.

El estilo de escritura es directo y accesible. Autores, obras o cabeceras periodísticas suelen contextualizarse adecuadamente. Además, con frecuencia se reconoce que una gran parte de los contenidos del libro (regeneracionismo, orientalismo, mujeres viriles, etc.) tiene una existencia previa al siglo XX o también puede observarse en otras ideologías políticas (como en el liberalismo republicano), aunque estos paralelismos se exploran poco.

En mi opinión, el principal punto débil del libro es, sin duda, su carácter excesivamente discursivo. Habiendo avanzado tanto los estudios sobre nacionalismo,

fascismo y dictaduras en el sentido de las prácticas, las experiencias cotidianas, la política a ras de suelo o la personalización de ideas políticas, la sensación es que el libro no ha cubierto la totalidad del problema. En este sentido, su valor potencial para la historiografía sobre el funcionamiento del franquismo se ve limitado. Esto se acentúa por la estrechez de su ámbito cronológico: el libro cierra a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta. Pese a que esos falangistas tan preocupados por la nación viril no desaparecen ni desde luego tampoco lo hace el nacionalismo español franquista, la única explicación sobre su decadencia son seis páginas de epílogo encabezado por Alfredo Landa y ocupado por el triunfo de la «españolada». Otro problema es que algunas veces, en las vicisitudes para convertir en viril lo que interesa, parece que todo puede ser viril o afeminado según se presente (sea la pintura de Rusiñol o el Mediterráneo), por lo que, a falta de un estudio sistemático sobre cómo esas ideas operan en la historia política y social del franquismo, no queda muy clara la medida adecuada de su verdadera relevancia fuera de los medios oficiales de los años cuarenta y los círculos intelectuales. Además, salvo en alguno de los estudios de caso, las consecuencias de los desacuerdos internos apenas se explican, más allá de constatar el contraste de posiciones.

Probablemente, un libro que satisficiera estos deseos sería otro libro y no tendría trescientas páginas. Pese a sus limitaciones (por otra parte, inevitables en cualquier investigación), la obra cumple con lo que promete, contribuye a problemáticas historiográficas centrales en el estudio del nacionalismo franquista y sugiere nuevos caminos para los que tener presente el trabajo de Zira Box es y será imprescindible.

